

LA NOCIÓN DE OBJETO EN PSICOANÁLISIS: DE FREUD A KLEIN

Mg. Lourdes Ruda Santolaria
Licenciada en Psicología con especialidad en Psicología Clínica y
psicoterapeuta psicoanalíticamente orientada.
Magister en Estudios Teóricos en Psicoanálisis por la
Pontificia Universidad Católica del Perú.
Residencia en Psicooncología y formación en Psicoterapia
Psicoanalíticamente Orientada por el Centro
de Psicoterapia Psicoanalítica de Lima.
Docente Asociada del Departamento de Psicología de
la Pontificia Universidad Católica del Perú e investigadora.
Docente invitada de la Maestría de Intervención Clínica Psicoanalítica
de la Pontificia Universidad Católica del Perú,
del Instituto Intercambio y de la Escuela del Centro de
Psicoterapia Psicoanalítico de Lima.
Autora de libros y artículos en revistas y libros,
y ponente en múltiples eventos académicos a nivel nacional e internacional.
Consulta privada. Miembro de la Asociación de
Psicoterapia Psicoanalítica de Niños y Adolescentes.

Para citar este artículo / Para citar este artigo / To reference this article

Santolaria L. (2019) LA NOCIÓN DE OBJETO
EN PSICOANÁLISIS: DE FREUD A KLEIN

Intercambio Psicoanalítico 9 (2), DOI: doi.org/10.60139/InterPsic/14.2.1/
Creative Commons Reconocimiento 4.0 Internacional (CC By 4.0)

LA NOCIÓN DE OBJETO EN PSICOANÁLISIS: DE FREUD A KLEIN

Mg. Lourdes Ruda Santolaria¹

1Mg. Ma. Lourdes Ruda Santolaria. Licenciada en Psicología con especialidad en Psicología Clínica y psicoterapeuta psicoanalíticamente orientada. Magister en Estudios Teóricos en Psicoanálisis por la Pontificia Universidad Católica del Perú. Residencia en Psicooncología y formación en Psicoterapia Psicoanalíticamente Orientada por el Centro de Psicoterapia Psicoanalítica de Lima. Docente Asociada del Departamento de Psicología de la Pontificia Universidad Católica del Perú e investigadora. Docente invitada de la Maestría de Intervención Clínica Psicoanalítica de la Pontificia Universidad Católica del Perú, del Instituto Intercambio y de la Escuela del Centro de Psicoterapia Psicoanalítico de Lima. Autora de libros y artículos en revistas y libros, y ponente en múltiples eventos académicos a nivel nacional e internacional. Consulta privada. Miembro de la Asociación de Psicoterapia Psicoanalítica de Niños y Adolescentes.

Resumen:

Si bien en psicoanálisis es ineludible hacer alusión a la noción de objeto, no todos los enfoques conceptuales dentro del mismo asumen un mismo significado. El propio Freud, en el marco de la teoría pulsional consideró inicialmente que el objeto es contingente, en tanto es fundamentalmente la vía para la satisfacción de las pulsiones. Sin embargo, él mismo, al querer dar cuenta del proceso de duelo, reconoció el papel de la identificación psíquica y de la importancia que el objeto cobra como estructurante de la instancia.

Para Klein la reflexión en torno al duelo y la melancolía como procesos fueron puntos de inspiración de su propuesta sobre la constitución y funcionamiento del psiquismo humano. En ella puede distinguirse un uso metapsicológico, cuando usa el concepto de objeto para referirse a una estructura psíquica que sirve como base para la estructuración de las instancias organizadas (yo y superyó); y un uso fenoménico descriptivo, cuando lo toma para dar cuenta de un objeto dotado de características de una cuasi-persona.

Palabras claves: objeto, Freud, Klein, pulsión, duelo, introyección

El concepto de objeto en psicoanálisis ha ido adquiriendo una importancia cada vez mayor, que llega a constituir un punto de convergencia obligado de las dificultades primordiales en esta disciplina, iniciada –si se trata de precisar una fecha y un hito histórico- en 1941-45 con las discusiones controversiales.

Qué mejor prueba de ello que la definición y consolidación progresiva de una nueva línea del pensamiento al interior del psicoanálisis que la conocida teoría de las relaciones objetales derivada de los planteamientos kleinianos.

Es preciso, por tanto, llevar a cabo una revisión concienzuda en relación a este tema que constituye un área teórica clave para fundamentar un esquema referencial o conceptualizar diferencias y similitudes entre varios esquemas teóricos y técnicos. Dicha tarea, sin embargo, resulta hartamente extensa y compleja, no sólo por la diversidad de significados asignados a esta noción sino por la cantidad de conceptos conexos cuya revisión resultaría imposible en un texto como éste.

En ese sentido, a pesar de las limitaciones que ello imponga, hemos decidido abordar la misma –por lo menos de manera parcial-, a partir del análisis de los alcances que “Duelo y melancolía” (1917) tuvo en el entramado teórico de los planteamientos freudianos, al ofrecer nuevos significados a la antigua noción de objeto –sin por ello invalidarla-, que posteriormente servirían como fuente de inspiración de los posteriores aportes kleinianos que sin embargo, no tardarían en alejarse y mostrar sus propias particularidades.

La lectura de los aportes freudianos pues, tal como lo señala Merea (2001), torna evidente que existe un registro muy variado del concepto de objeto que, por opción, él organiza tomando como parámetro las distintas tópicas psíquicas enunciadas por Freud. Reconoce así, una primera noción de objeto que, al estar enmarcada dentro de la primera tópica, coloca el acento en las pulsiones. En el contexto de la segunda tópica, destaca el papel de la identificación psíquica y de la importancia que el objeto cobra como estructurante de la instancia.

El objeto con relación a la pulsión corresponde esencialmente, al descrito en los "Tres ensayos sobre una teoría sexual" (1905) y en "Las pulsiones y sus destinos" (1915). El objeto sería pues, de los cuatro elementos que definen la pulsión -esfuerzo (drang), meta (ziel), fuente (quelle) y objeto (objekt)-, el más variable: no es inherente a la pulsión misma ni se encuentra originalmente enlazado a ella, no es necesariamente algo exterior al sujeto (puede ser algo del propio cuerpo), es indefinidamente sustituible por otros objetos en la medida que conserven su aptitud para posibilitar la satisfacción, entendida como ganancia de placer. Su valor es por tanto instrumental.

En este sentido, las pulsiones serían más buscadoras de una meta que de objetos. El objeto es aportado por la pulsión de autoconservación, para la que sí es indispensable un objeto determinado. La inscripción de la alimentación como vivencia de satisfacción jugará un papel fundamental, al proporcionar el prototipo de la fijación del deseo a un determinado objeto que se constituye en fundamento de la representación de sí y de los objetos. A través de ella, el sujeto aprenderá que la tensión de la necesidad es calmada por la presencia del objeto generador de placer, por lo que ahora pasará a ser deseado, deseo que terminará por constituirse en el motor del aparato psíquico. (Barcia y Brox, 1998).

Desde luego que -remarcará Merea (2001)- esto es sólo una manera de hablar, en la medida en que las pulsiones (en el campo del psicoanálisis, no del instinto), no pueden ser buscadoras de nada sino hasta después de que un objeto inicialmente exterior, marcó en el sujeto el deseo por el objeto, es decir, la repetición de las experiencias con ese objeto, u otro que lo sustituyera. La potencial intercambiabilidad del objeto no implicaría, por tanto, que cualquier objeto cumpla las condiciones para ser elegido, en la medida que existe un conocimiento previo del objeto primitivo, que será tomado como prototipo y una experiencia mítica de satisfacción que marcará la meta de la pulsión.

La variabilidad inicial del objeto, descrita como parte de un primer movimiento, será sucedida entonces, por un segundo movimiento caracterizado más bien por la fijación o el establecimiento de un íntimo lazo entre la pulsión y el objeto. Dicha fijación suele consumarse en períodos muy tempranos del desarrollo pulsional y esta asociada a la experiencia mítica de satisfacción. (Cosentino, 1993).

Bajo estas circunstancias, el individuo se verá obligado a abrirse al conocimiento de la realidad ya que el objeto que desea está allí y por lo tanto allí está el placer, aunque también puede estar el dolor (Valls, 1994). La instalación del criterio de realidad será entonces fundamental y dependerá del desarrollo de las funciones del juicio (de atribución y de existencia), que le permitan admitir o impugnar la existencia de una representación¹ en la realidad.

Aquello es fundamental, pues el individuo busca incesantemente reencontrarse con el objeto de su deseo para satisfacer la pulsión. A través del objeto tienen pues lugar, el registro mnémico de la experiencia mítica de satisfacción y el ingreso progresivo de frustraciones que permiten la conformación de las diferentes instancias psíquicas y la instalación de los primeros procesos de pensamiento que posibilitan la delimitación de un espacio interno (yo) y otro externo, correspondiente a la realidad, en el que insistentemente buscará encontrar al objeto de satisfacción de sus necesidades (objeto de la pulsión) y de sus deseos (objeto de la libido).

Dicha diferenciación yo-no yo, sujeto-objeto, será esencial y surgirá de la confrontación con la ausencia del objeto externo, que se encargará de informar de la distancia existente entre la representación y la percepción del mismo.

Se distinguirán así, dos planos simultáneos y correlativos: el de las pulsiones de autoconservación y sexuales, y el de los vínculos entre sujeto y objeto, articulándose de este modo el plano de las pulsiones y de los objetos.

“La relación “natural” (necesidad ® objeto) queda rota, pues la sexualidad vincula al sujeto y objeto de manera intersubjetiva. Así, la sexualidad es el puente entre las pulsiones -que, siendo al principio “naturales” (instinto), devinieron perverso-polimorfos- y el objeto -que de mero “dador” natural pasó a ser polo de una relación intersubjetiva-.” (Merea, 2001, p. 11)

¹ Dicha representación sólo podrá formarse en ausencia del objeto pues precisamente su función es dar cuenta del mismo, re-presentar (en el sentido de volver a presentar) a nivel mental aquello que no necesariamente se nos presenta en términos de percepción. Si el objeto estuviera siempre presente, no sería urgiría pues, el tener que pensarlo y conservarlo mentalmente.

De este modo, la elección de objeto secundario queda indeleblemente marcada por los objetos primarios. Este proceso, se lleva a cabo siguiendo al mismo tiempo un modelo que es constitutivo del sujeto (narcisista) y externo (y por ende anaclítico y perteneciente a la serie pulsional de conservación @ objeto @ pulsión sexual). Precisamente por ello es que se dice que la elección de objeto es en parte del tipo de apuntalamiento y en parte narcisista; pero también siempre es elección de otro objeto que conduce al sentimiento de no-yo, lo cual, por definición, aleja al sujeto del narcisismo y compromete una parte de su ser para percibir estas diferencias.

El objeto entonces, no solo será objeto de satisfacción sino también objeto de identificación, siendo "Duelo y melancolía" (1917) un texto nodal para comprender dicho sentido del término.

La identificación será entendida como "la manifestación más temprana de un enlace afectivo con otra persona" y "aspira a conformar el propio yo análogamente al otro (...) tomado como modelo". La identificación sustituye, por tanto, un ligamen libidinoso por una introyección del objeto en el yo, sobre un modelo oral y ambivalente en cuanto a los sentimientos. Precisamente aquello es lo que se observa en la melancolía como manifestación psicopatológica que sustituye al proceso normal de duelo, frente a la pérdida de un objeto.

El duelo en cambio, implica, de acuerdo a una lectura freudiana, un trabajo de desligamiento de los enlaces libidinales con el objeto, dado que el examen de realidad informa que dicho objeto no existe más. El acatamiento de la realidad será soberano y desde allí se imparte la orden de desanudar la libido del objeto con un gran gasto de tiempo y energía. Mientras esto se resuelve, el objeto continúa perdido en lo psíquico. Durante este trabajo, se asiste a la clausura de cada recuerdo y expectativa con la que la libido se anudaba al objeto. El duelo vence la pérdida del objeto luego de recibir reiteradamente de la realidad su veredicto: el objeto perdido no existe más. El yo entonces, enfrentado a la alternativa de seguir el destino del objeto de amor, es rescatado por la satisfacción narcisista de estar vivo y opta por desanudar su ligazón con el objeto aniquilado. Lentamente, se llevará a cabo así, un proceso por el cual la representación-cosa inconsciente del objeto es abandonada por la libido. (Miramón y Barna, 1990),

En la melancolía, el objeto perdido no resulta ser solamente un objeto de amor sino un objeto con el que el sujeto se había identificado de manera narcisista -al punto de formar parte del yo como si fuera una instancia- y hacia el que existía una gran ambivalencia afectiva teñida con un tinte sádico-anal. Su pérdida, por tanto, es registrada como una pérdida en el yo. Ello explica la profunda inhibición del sentimiento yoico y el empobrecimiento y vacío experimentado por el yo del melancólico. (Miramon y Barna, 1990).

La reflexión en torno al duelo y la melancolía, por un lado, como procesos que siguen a la pérdida de un objeto y, el estudio de los estados maníaco- depresivos serán fundamentales en Klein para definir una línea de pensamiento propia al interior del psicoanálisis. Dichos estados se constituyen pues, en fuente de inspiración –como lo fue la histeria para Freud- de una propuesta que da cuenta de los modos de constitución y funcionamiento del psiquismo humano.

Para ella existe entonces, una conexión entre el juicio de realidad propio del estado de duelo normal y los procesos mentales tempranos que se encarga de explicitar en “El duelo y su relación con los estados maníacos-depresivos” (1940):

“Creo que el niño pasa por estados mentales comparables al duelo del adulto y que son estos tempranos duelos los que se reviven posteriormente en la vida, cuando se experimenta algo penoso. El método más importante para que el niño venza estos estados de duelo es, desde mi punto de vista, el juicio de realidad. Este proceso es, tal como Freud lo señaló, parte del trabajo de duelo”. (p. 347)

El punto de partida en este texto –dirá del Valle (1986)- es, como en “Duelo y melancolía” la pérdida de objeto. Las soluciones que Klein propone, sin embargo, difieren de las de Freud, para quien el trabajo de duelo consiste en liberar la libido de sus enlaces con la representación del objeto perdido. Para ella, el proceso de duelo, si es exitoso, lleva a reinstalar en el mundo interno al objeto perdido. De este modo, elaborar el duelo en un caso es olvidar, enterrar a los muertos; mientras que en el otro es recordar y reparar.

Sabemos dirá por tanto Klein que, en el sujeto en duelo, la pérdida de la persona amada lo conduce hacia un impulso a reinstalar en el yo este objeto amado perdido -hasta allí puede reconocerse a Freud y Abraham- pero, agregará como parte de su propia cosecha, la idea de que dicha acogida (o reincorporación) de la persona amada supone la reinstalación de los objetos buenos internalizados que formaron parte de su mundo interno desde fases tempranas del desarrollo y que se temió haber perdido junto con la persona amada.

Cada pérdida, por tanto, nos remite a la experiencia de pérdida inicial (la del pecho) y con ello reaviva en nosotros, los sentimientos de pena e inquietud, temor y ansia de reconquista y reparación del objeto para poder conservarlo con nosotros.

“Así, mientras el dolor se experimenta con toda intensidad y la desesperación alcanza su punto culminante, surge el amor por el objeto, y el sujeto en duelo siente más poderosamente que la vida interna y la externa seguirán existiendo a pesar de todo, y que el objeto amado perdido puede ser conservado internamente.” (Klein, 1940, p. 90).

Aquello sin embargo reactiva ansiedades psicóticas tempranas, sensaciones de peligro, deterioro y desastre (posición esquizo-paranoide) que deberá vencer –del mismo modo que lo hace el niño en su desarrollo temprano-, para poder lograr la reconstrucción de su mundo interno, a través de un proceso lento y doloroso.

El duelo normal para Klein, nos dirán por ello Miramón y Barna (1990), no es otra cosa que la repetición de los procesos por los que se transita a lo largo de la posición depresiva y con ello, el refuerzo de los procesos sintéticos del yo por los que los objetos parciales buenos y malos se integran en objetos totales y por los que el superyó cristaliza y determina la experiencia de culpa por la agresión hacia el objeto bueno amado ambivalentemente.

El modo como el yo elabora sus duelos, por tanto, estaría directamente relacionado con la integración que el sujeto adquiere en relación a los objetos (parciales o totales) que forman parte de su mundo interno y el nivel de estructuración psíquica alcanzado, asociado al mismo tiempo, a la posición en la que se encuentre ubicada.

El concepto de objeto, así encarado, se transforma en un concepto más abarcativo, el de posición, entendida como una constelación de fenómenos interrelacionados: un tipo de angustia dominante, defensas para dominarla, instintos en juego, características de los objetos involucrados, estado de las instancias, sentimientos y pensamientos del sujeto, que conforman una totalidad en movimiento en la cual ningún factor puede ser considerado con independencia de los demás. (Baranger, 2001)

Es por ello que precisar el significado de la noción de objeto en la obra kleiniana no resulta una tarea sencilla pues, al igual que ocurre con Freud, no es un concepto unívoco. Por lo pronto, dirá Baranger (2001) en su intento de organizar parte de la obra, podremos distinguir un uso metapsicológico y un uso fenoménico descriptivo:

“El concepto kleiniano de objeto oscila entre dos polos extremos: el concepto de un objeto como estructura psíquica que sirve de base para la estructuración de las instancias organizadas (yo y super yó) y el concepto de un objeto dotado, aún si se trata de un objeto parcial, de las características de una casi-persona.” (p. 64)

En el primer caso, nos encontramos un objeto en el fondo muy cercano al formulado por Fairbain –aunque Klein haga todo lo posible por marcar las diferencias con él-, en tanto establece con el sujeto un trato similar al de una estructura endopsíquica que queda definida en función de las operaciones que rigen la dinámica del yo (clivaje, introyección, identificación proyectiva, etc) y las relaciones que establece con el sujeto. (Baranger, 2001).

2 Vale decir que este tema de la melancolía no dejó satisfecho a Freud ni resolvió el tema de la introyección del objeto en el yo y su erección como parte constitutiva del mismo. Nos encontramos a un Freud contrariado que no termina de articular algunas de sus propuestas, quizás porque era consciente que los fenómenos descritos en "Duelo y melancolía" desbordaban ampliamente el campo del duelo e incidían en todo el desarrollo psíquico, al punto de chocar con algunas de sus construcciones teóricas acerca de las pulsiones, a las que no estaba dispuesto a renunciar. En su obra encontramos así, escritos que remarcan, por un lado, el inequívoco carácter estructurante que tiene el objeto (Duelo y melancolía, 1917; Psicología de las masas y análisis del yo, 1921; El yo y el ello, 1923), bajo la forma de una instancia que lo determina en máxima medida. Mientras que en otros textos puede afirmar fehacientemente que las identificaciones del complejo de Edipo no responden a la expectativa de introducir el objeto en el yo, debido a que también cumple un papel la disposición constitucional sexual que alude a algo propio del sujeto, relativo a la pulsión y que no se deja alterar radicalmente por la identificación con el objeto. (Merea, 2001) 3 Baranger (2001) se encarga de remarcar las diferencias existentes en las nociones de objeto formuladas por M. Klein y Freud, distantes entre sí, aún en las obras que de éste le sirvieron a ella como punto de partida.

Se plantea pues, la existencia de un objeto (el pecho interiorizado) arraigado al sistema de fantasías inconscientes previas a la experiencia, subyacente a una multiplicidad de representaciones y estados afectivos, que no aparece nunca directamente sin intermediación, sino sólo mediante imágenes, conceptos, recuerdos, angustias o deseos que varían al infinito, sin impedir por ello que tengan una permanencia a veces extremadamente rígida y estereotipada.

Se habla así del pecho interiorizado, estructurante en la medida en que se ofrece como fuente de gratificación y reaseguramiento, permite el ingreso progresivo de frustraciones y aplaca las angustias persecutorias y depresivas. Al mismo tiempo, sin embargo, se ofrece como estructura previa o introyectante, como un núcleo del yo rudimentario -ya no de origen objetal sino considerado como unidad de funciones-, que pueda hacer posible pensar en la construcción de la estructura del yo a partir de la introyección.

El yo resultaría entonces bajo esta lógica, de la combinación de estos dos núcleos (funcional y objetal) y por eso su naturaleza profundamente heterogénea que a nivel teórico confronta con un problema de difícil solución equivalente al que enfrenta la metapsicología freudiana al intentar dar cuenta de la dualidad yoica postulada (yo como conjunto de funciones y como residuo de sucesivas identificaciones).

El superyó por su parte se constituiría por aproximación de dos núcleos objetales extremadamente contradictorios al principio, pero semejantes en su naturaleza objetal: el pecho perseguidor y el pecho idealizado, de quienes conserva la crueldad, peligrosidad y omnipotencia por un lado y su grandeza y derecho a recompensar o castigar por el otro, respectivamente.

Encontramos aquí una diferencia con Freud pues, tal como lo explicita del Valle (1986), para él, el objeto es introyectado y conduce a identificaciones yoicas o superyoicas mientras que, en Klein, si bien se producen primordialmente este tipo de identificaciones, existen también gran cantidad de objetos internos que mantienen su autonomía. De ahí que, además de las representaciones o huellas mnémicas procedentes de la percepción, existe en Klein una segunda categoría: la de introyecto u objeto interno que no tiene equivalente en Freud.

Hasta aquí, concluirá Baranger (2001), el objeto como estructura resulta ser un concepto clave de la metapsicología kleiniana que toma como punto de partida los conceptos de introyección e identificación introducidos por Freud en "Duelo y melancolía"² aunque luego se aparte significativamente de ellos³.

“El pasaje de Freud a Klein se manifiesta primero en un cambio de énfasis: este se desplaza de la pulsión al objeto. Otro punto nos hace percibir esa diferencia: Freud nunca adoptó del todo el concepto de introyección, aunque usó el término en repetidas ocasiones desde su introducción por Ferenczi. Al contrario, para M. Klein el objeto es inseparable de las operaciones que se realizan a propósito de él (ante todo, el *splitting*, la introyección y la proyección).” (Baranger, 2001, p. 46)

La hipótesis fundamental de esta nueva línea de pensamiento plantea que el psiquismo se origina en un vínculo intersubjetivo, constituido en primera instancia por la relación de objeto del bebé y su madre. Sus esfuerzos se concentrarán entonces en el estudio de las características emocionales de ese vínculo, en el que busca descubrir cuál es la ansiedad predominante y las fantasías constitutivas. Su interés se centra en el desarrollo psíquico temprano y si bien para ello toma como punto de partida los planteamientos básicos de Freud y Abraham, sus observaciones e hipótesis la llevan a inventar una teoría original del desarrollo y la estructura de la mente: la idea del mundo de los objetos internos. (Bleichmar y Bleichmar, 1988).

La teoría de los objetos internos diseña una nueva estructura de la mente que Guntrip (1961; en Bleichmar y Bleichmar, 1988) denomina personalística, con la intención de remarcar que son los vínculos y no las pulsiones como fuerzas biológicas los que producen el desarrollo mental⁴. Se concibe entonces un objeto que aparece en el punto de entrecruzamiento de una multiplicidad de fantasías inconscientes que en sí mismas forman parte de un equipamiento genéticamente heredado, previo a toda experiencia con el mundo exterior⁵. (Baranger, 2001)

4 Nos acercamos entonces a la otra definición de objeto presente en la obra de Klein, a saber, aquella que se apoya en las descripciones clínicas y que considera al objeto como una casi-persona, sujeto de padecimientos, sentimientos, actividades, a la par de cualquier sujeto.

5 Vale decir que la explicación de cómo se originan los objetos no necesariamente se presenta como totalmente coherente o consistente. Greenber y Mitchell (1983, en Bleichmar y Bleichmar, 1988) por lo pronto logran distinguir hasta tres hipótesis atribuidas a: factores internos, la percepción de la amenaza de la pulsión de muerte y la proyección de sensaciones corporales al exterior.

Es precisamente la existencia de este objeto interno el que permite establecer una dinámica de relación con la realidad, que en adelante no dejará de adquirir significación en la mutualidad. Los objetos internos y las fantasías inconscientes a través de las cuales estos interactúan, producen significaciones dentro de la realidad psíquica, que a su vez son proyectados en la realidad exterior y otorgan así, nuevos sentidos a cada momento vivencial. Las experiencias concretas que se viven con los objetos externos, al mismo tiempo, son introyectadas y pueden cambiar progresivamente las características de nuestro mundo interno. (Bleichmar y Bleichmar, 1988).

El mundo interno, se va poblando así de manera progresiva de objetos internos que no son otra cosa que los representantes de personajes adquiridos por introyección e identificación, entre los que se establece una dramática que tiene por libreto a las fantasías inconscientes⁶. (Bleichmar y Bleichmar, 1988)

Se crea entonces la sensación dirá Baranger (2001), que los objetos viven una vida en cierta forma semejante a la vida del sujeto⁷, aún en sus niveles más arcaicos. Dichos objetos, como ciudadanos del mundo interno del sujeto, mantienen con éste una vida recíproca, en la cual nadie es determinante en último término. Se establece así en la vida común y de manera espontánea, una relación dialéctica entre lo interno y lo externo, que resulta accesible a nosotros a través de los procesos de clivaje y de identificación proyectiva e introyectiva y, los procesos de cambio observados a lo largo de los procesos terapéuticos.

6 La fantasía inconsciente es descrita como un acontecer constante y permanente de la mente que se expresa tanto en los fenómenos inconscientes como en los conscientes. Susan Isaacs (1952), siguiendo con la idea pulsional de Klein, la define como "la expresión mental de los instintos", pero paulatinamente el sentido biológico de la noción de instinto va perdiendo fuerza para dar lugar a una explicación de la fantasía en un nivel exclusivamente psicológico. Desde esta perspectiva, es entendida como una trama emocional que se desarrolla por la interacción de los objetos internos. (Bleichmar y Bleichmar, 1988)

7 Los incesantes procesos de intercambio de los objetos con el sujeto, otorgan a los primeros, una existencia sui generis, necesariamente antropofórmica que puede ser calificada de cuasi persona o sujeto.

Podemos ver entonces como las postulaciones kleinianas, si bien retoman una serie de conceptos de la teoría estructural de Freud, resultan ser una combinación propia que da origen a otra metapsicología en la que, el enfoque pulsional -tan central para quienes se ubican en el “main street” psicoanalítico- queda en un segundo plano.

Es de suponer que Melanie Klein, por razones de coherencia -tal como lo refiere Baranger (2001)- nunca retomó la afirmación de Freud de que el objeto es el aspecto más inesencial de la pulsión, pero aquello supuso una ruptura ampliamente reconocida por los analistas, aún cuando Klein se resistiera a hacerlo. A partir de sus aportes, nos dirá Green (1996), una serie de conceptos psicoanalíticos previos quedan redefinidos al incluirlos con nuevo sentido en otro contexto teórico, distinto al de las pulsiones freudianas de vida y muerte en el que originalmente se enmarcaban. La idea del conflicto freudiano como lucha entre el impulso y la defensa es reemplazada por la de conflicto entre deseos de amor y odio. Las ideas de relación de objeto, fantasía inconsciente y angustia cambian el esquema conceptual del psicoanálisis. En la mente luchan la disociación con la integración, la negación del dolor psíquico por una parte y la tolerancia a dicho dolor junto con el cuidado de los objetos, por otra. La emocionalidad sería la base del funcionamiento psíquico y las fantasías inconscientes forman un desarrollo dramático que da significación permanente al acontecer mental.

Referencias bibliográficas

- Baranger, W. (2001). Validez del concepto de objeto en la obra de Melanie Klein. En: Baranger, W. y col. Aportaciones al concepto de objeto en psicoanálisis. Buenos Aires: Amorrortu.
- Bleichmar, N. y C. Bleichmar (1988). El psicoanálisis después de Freud. Teoría y clínica. Buenos Aires: Eleia Editores.
- Cosentino, J.C. (1993). Construcción de los conceptos freudianos. Buenos Aires: Manantial - Estudios Psicoanalíticos.
- Del Valle, E. (1986). La obra de Melanie Klein. Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Freud, S. (1905). Tres ensayos sobre una teoría sexual. Obras completas. Madrid: Biblioteca Nueva. Traducción de L. López Ballesteros.
- Freud, S. (1915). Las pulsiones y sus destinos. Obras completas. Madrid: Biblioteca Nueva. Traducción de L. López Ballesteros.
- Freud, S. (1917). Duelo y melancolía. Obras completas. Madrid: Biblioteca Nueva. Traducción de L. López Ballesteros.
- Freud, S. (1921). Psicología de las masas y análisis del yo. Obras completas. Madrid: Biblioteca Nueva. Traducción de L. López Ballesteros.
- Freud, S. (1923). El yo y el ello. Obras completas. Madrid: Biblioteca Nueva. Traducción de L. López Ballesteros.
- Green, A. (1996). La metapsicología revisitada. Buenos Aires: EUDEBA
- Klein, M. (1935/1994). Contribuciones a la psicogénesis de los estados maníacos-depresivos. Obras completas. Barcelona: Paidós.
- Klein, M. (1940/1994). El duelo y su relación con los estados maníacos-depresivos. Obras completas. Barcelona: Paidós.
- Klein, M. (1946/1994). Notas sobre algunos mecanismos esquizoides. Obras completas. Barcelona: Paidós.
- Merea, C. (2001). Los conceptos de objeto en la obra de Freud. En: Baranger, W. y col. Aportaciones al concepto de objeto en psicoanálisis. Buenos Aires: Amorrortu.
- Miramón, B. y N. Barna (1990). "Duelo" en Revista de Psicoanálisis, 47(5/6), 1159-1182.
- Valls, J.L. (1994). Diccionario freudiano. Madrid: Julián Yébenes.